



Cristina Sánchez Miret

Uno de cada seis

Uno de cada seis jóvenes menores de 25 años en España ni trabaja ni estudia; son los famosos ni-ni –cuando menos así los siguen etiquetando– de los que ya hablábamos antes de la crisis; uno de cada 10 entonces. El estudio de Aempleo y Analistas Financieros Internacionales (AFI) señala que la mayoría tiene entre 20 y 24 años y nacionalidad española, que están poco formados y hay más hombres que mujeres.

No estoy segura que los podamos definir igual, es decir como ni-ni, cuando menos a la mayoría, porque según estos mismos datos el 79% de estos jóvenes está buscando trabajo y ahora sí que realmente es difícil de encontrar. No es que no quieran trabajar, técnicamente son parados. Siempre po-

demus problematizar este último dato. No podemos asegurar fehacientemente que estén buscando trabajo, o constatar cómo de activamente se busca; nos falta información para poder entender mejor la situación actual y los matices que nos puedan mostrar un cambio de tendencia. Pero lo cierto es que la crisis ha cambiado muchas cosas, también esta. O mejor dicho, claramente esta, porque hemos pasado como colectividad de no querer trabajar a valorar enormemente un puesto de trabajo.

Los ni-ni fueron un claro resultado de la conjunción social, no astral, de una serie de valores y un contexto económico determinado. De una época en la que el bienestar de las familias –de la gran mayoría, en ningún caso de todas– parecía asegurado y estaba especialmente animado por un alto nivel de consumo, que supuso que la presión

sobre el sueldo de los más jóvenes como una entrada más de dinero para la economía familiar no fuera vista ni como una prioridad ni como una urgencia ni como una necesidad perentoria.

Eso se ha acabado, no sólo para las familias que en este tiempo se han visto abocadas a la pobreza, para todos en general. Y aunque los hijos siguen teniendo un estatus especial dentro de los hogares, la necesidad de asegurar o reforzar los ingresos familiares es, si no la pauta, sí el deseo. Tenemos más claro que nunca – que antes de la crisis– que, en última instancia, cada uno de nosotros o trabaja o, seguramente, se morirá de hambre. Aunque eso no quiere decir que no haya jóvenes despistados; o, sencillamente, un buen grupo al que les cuesta digerir la idea porque la situación los ha pillado con el paso cambiado.●

C. SÁNCHEZ MIRET, *socióloga*